

7ª semana del tiempo ordinario. Martes: Mc 9, 30-37

En la vida de religión, que es unión con Dios, debe haber siempre progreso. Por eso es difícil hablar lo mismo a todos. A veces hablaba Jesús a la gente de cosas sencillas o también con mensajes comprometedores; pero a veces a propósito buscaba estar más a solas con los apóstoles para irles instruyendo sobre posiciones más adelantadas en esta entrega que habían hecho para la causa de Dios. Al principio Jesús hablaba de la grandiosidad del Reino de Dios y sobre la necesidad de convertirse para pertenecer a ese Reino. Pero los mismos apóstoles no captaban hasta dónde llegaba el compromiso de esa conversión. En la parte del evangelio correspondiente a este día aparecen los apóstoles creídos que ese Reino de Dios se parece mucho a los reinos de la tierra donde se ganan puestos por méritos materiales y por lo tanto existen ambiciones.

Jesús acepta a sus discípulos como son; pero cree en su transformación. Y por eso teniéndoles aparte les quiere enseñar que los puestos en ese Reino de Dios son de muy diversa manera que lo que se da en el mundo. En primer lugar les repite lo que ya les había dicho en otra ocasión sobre su propia muerte, cosa que no habían entendido. Los apóstoles ya estaban persuadidos de que Jesús era el Mesías, aunque el concepto que ellos tenían del Mesías era de triunfalismo material. Jesús se llama a sí mismo Mesías, aunque con las palabras del profeta Daniel: “el hijo del hombre”. Ahora les recuerda que, si va a salvarnos, es a través de su muerte entregada, aunque victoriosa por la resurrección. De hecho lo más importante en Jesús no es su vida sino su muerte.

Los apóstoles estaban todavía en esa fase espiritual en que están o estamos tantos cristianos: queremos el triunfo de la religión, queremos que Dios reine, cantamos con entusiasmo en la iglesia y yo qué sé cuántas cosas hacemos por el bien de nuestra religión en el sentido material; pero al mismo tiempo queremos que nuestro nombre figure en primer lugar y guardamos odio en nuestro corazón y mucha envidia hacia quien ha podido escalar un puesto mejor que el nuestro, etc. Y por eso los apóstoles ponían poca atención interna a las palabras de Jesús sobre muerte y sacrificio. Y discutían sobre puestos en el Reino. Ellos sabían que eso no le gustaba a Jesús.

Entonces, cuando llegaron a casa, que sería la casa de Pedro en Cafarnaún, Jesús “se **sentó**”. Esta es una frase que en la cultura hebraica significaba que quería darles una doctrina, como solían hacer los que en la sinagoga se “sentaban” para instruir. Ahora Jesús les instruye, a ellos y a nosotros, sobre lo que son los puestos verdaderos en el Reino de Dios: uno va ascendiendo según crece su servicio hacia los demás.

Pero en el hacer un “servicio” puede haber falsedades y mucho orgullo. ¡Cuántos quisieran estar al servicio directo del Papa o de un rey! Jesús les dice que servir es rebajarse y estar dispuestos a hacer el bien, especialmente a los abandonados o menospreciados, a los que son tenidos por poca cosa. Y para poner un ejemplo, busca a un niño (un “criadito” se dice en algunas traducciones) y lo pone en medio como ejemplo. Siempre debemos entender que en aquel ambiente un criadito era lo que se llama hoy “un niño de la calle”: que vivía de los “mandados” que hacía, siempre despreciado y tenido en poco. Y Jesús les dice que el que hace un bien a ese niño se lo está haciendo al mismo Jesús, que es lo mismo que hacerlo al mismo Dios.

Ese es el gran mensaje que hoy nos deja el evangelio. Servir a los demás es el centro del cristianismo. El ejemplo lo tenemos en el mismo Jesús, que siendo Dios pasó por la vida “haciendo el bien”, sin recibir donaciones y huyendo de los prestigios y los honores. Y esto hasta llegar por fin a la muerte, pero sabiendo, como lo sabía Jesús, que detrás de la muerte están los brazos amorosos del Padre. El evangelio no trata de dejar bien parados a los apóstoles. Son hombres normales, que van subiendo en el camino hacia Dios. La Iglesia de hecho no se basa sólo en ellos, sino en la fuerza del Espíritu que vive en ellos y en nosotros.

